

# Prólogo

## Bajo el nombre de Cecilia

Sensaciones, reacciones, emociones, sentimientos, pasiones, ilusiones.

Tenemos un potencial (la ensoñación, el soñar despierto; la prefiguración; los fenómenos de empatía y antipatía; la vertiente onírica), que escapa al área de la razón y nuestra heroína la desborda.

Cecilia transita por un camino imantado sin ser consciente de que el magnetismo decidirá su destino. Consciente no: Pero, ¿y el subconsciente?

Sin adoctrinamientos feministas, siente su libertad y posee valor. Optará por permanecer en la ratonera en que se ha convertido su ciudad (con motivo de su asedio bélico). El miedo suyo se revela asociado al de otros seres. Por eso se queda.

Antes y después de la conmoción histórica admiramos un entramado de cortesía y caballerosidad que no se limita a las formas y es fruto de un cultivo humano de hondas raíces. (En Francia el cineasta y actor Jacques Tati, nacido en la zona belga de Hai-maut en 1907, tiene el temple de tratar con humor la disolución de unos modos corteses que añora.)

En este paisaje hay ocasión para la naturalidad, como cuando, en el ambiente de una capital provincial de los años cincuenta (el Oviedo de la ca-

fetería Peñalba), Cecilia acepta caminar del brazo del chico —tan especial para ella— que acaba de conocer. Y en esta tesitura escribe las últimas líneas de su diario.

Finaliza el diario. Arranca la definitiva aventura vital.

Una elegante prosa narrativa envuelve sin el menor roce el tejido existencial emergente en estas páginas.

### Bajo el nombre de Isabel

La narración se amplía hacia la semblanza biográfica, la observación y la anécdota.

Se ajusta el marco social en torno a unas señoritas de familia bien que precisan de «carabina» (persona próxima que ejerce de testigo), en el caso de ser acompañadas por un admirador o un novio. Aunque ya hay vientos de cambio.

Isabel sueña con alguien a quien no conoce y, paradójicamente, tiene las ideas claras. Quiere que un chico la traiga como a una mujer, no como el miembro de un tribunal examinador. Volvemos a esa ventana hacia la naturalidad.

El ambiente urbano. El baile de función vermut. El fox-trot, el pasodoble... con orquesta del casino.

Expresiones que aún estarían vigentes en los años sesenta, como «pollita» —muchachita— «Doña Fulanita» sin carga peyorativa.

Una capital europeizada y elegante.

Y el contraste del campo.

Se abre un cuento enmarcado en el relato: «El amor a la tierra» (Cuento asturiano). Realidades conocidas que se escapan en el tiempo, Ensoñación.

El goce de la naturaleza. La otra casa de los niños aldeanos.

Las heladas (*xeladas*), el orvallo, *caleyas* húmedas o enfangadas bajo los pivotes de las madreñas, esos zuecos especiales del mundo rural asturiano; luz de candil; las fuentes; la «castañal». Y el eco de la mitología secular.

La aldea asturiana que exige trabajo y concede fertilidad en sus últimas genuinas revelaciones. El mundo grabado indeleble que se aleja por mar.

Son años en los que todavía es posible «hacer las Américas». El tío de la Habana que dejó el terruño y escribe tendiendo un puente hacia el porvenir de los parientes necesitados. Entre asturianos Cuba era el destino en muchos casos. El éxito coronó a más de un joven que se embarcaba. Convertido ya de vuelta en «indiano» con «haiga» (el amplio automóvil de cuño estadounidense), que viene al abrazo de su tierra y sus gentes.

## Bajo el nombre de El Final

Se cierra el ciclo de Isabel.

El capítulo final lo pondrá la misma Cecilia «en la vida real». El texto «solo en apariencia» queda «sin terminar»

Nos asomamos a un mundo entrañable donde se mueven personajes que, por venir de la realidad, sentimos próximos. A más de uno nos hubiera gustado acercarlo a nuestras vidas.

Gloria Avello Casielles,  
*licenciada en Filología Románica*  
*y autora de poesía lírica*